

LA
CODICIA
Y LA
MESURA



LA
CODICIA
Y LA
MESURA



ASOCIACIÓN GEOFILOSÓFICA DE ESTUDIOS
ANTROPOLÓGICOS Y CULTURALES



a **Codicia** y la **Mesura** son dos actitudes que, siendo antitéticas en su forma y en su fondo, se combaten mutuamente desde el comienzo de los siglos y los milenios.

Es obvio que la **Codicia** corresponde al Ego animal, y la **Mesura** a la Esencia o embrión de Alma que posee el género humano.

La **Codicia** es hermana de la Avaricia y prima de la Vanidad. Todo codicioso es avaricioso y vanidoso. No hemos de omitir que a la **Codicia** la mueve el deseo de acumulación para llegar a sus ostentaciones y elucubraciones. A esto debemos añadir que el miedo al mañana, al futuro, provocado por el Yo nos inclina a ser codiciosos, engañados por la falsa idea de que «si pasa algo..., al menos no quedaremos en la calle».

La **Mesura** es una virtud que se sostiene sobre la base lógica según la cual para vivir tan solo necesitamos pan, abrigo y refugio. Todo lo demás es parte de la vanidad humana. La **Mesura** es hermana de la Sencillez. Mientras que la **Codicia** solo cree en sí misma, la **Mesura** tiene fe cierta y profunda en que el Padre de todas las luces «nunca nos abandonará» mientras nos mantengamos en el recto sentir, recto pensar y recto actuar...

Los codiciosos siempre justificarán su afán por acumular bienes materiales de mil maneras, y hasta serán capaces de elaborar citas filosóficas alabando la acumulación de riquezas. Así, por ello, grandes potencias de nuestro mundo se han erigido en azote de muchos pueblos mediante la estrangulación económica que los unos han hecho sobre los otros. A esto se le ha llamado a veces «progreso» y hasta «civilización», empero la cruda realidad nos hace ver a todos que, mientras unos bribones intelectuales han saqueado las riquezas naturales de muchas latitudes, otras naciones se encuentran al borde de la muerte a causa del hambre y la desolación.

La **Codicia** en el centro intelectual siempre está haciendo cálculos y proyectos. Así, por ejemplo, la **Codicia** en la mente siempre nos

está empujando a jugar con la lotería con el propósito de ganarnos el gordo, hacernos con bienes de toda clase, despilfarrar a nuestras anchas, etc., etc.

La **Mesura** es un equivalente a un verdadero socialismo, entendido este último como la «repartición equitativa» de los recursos de la Madre Natura y de toda clase de medios tecnológicos que permitan a todos los seres humanos tener una calidad de vida equitativa y digna, sin distinción de razas, credos, lenguas y colores.

La **Codicia** en el centro intelectual se hace colectiva cuando nos dejamos engañar por lo que llamamos hoy día «publicidad». La publicidad nos lanza el anzuelo llamado «proceso del más». Mediante ese proceso siempre querremos más dinero, más joyas, más títulos, más medallas, más belleza, más músculos, más mujeres, más hombres, más placeres, más glorias y un sinfín de avaricias que se derivan del mismo.

La **Mesura** es austera y solo quiere lo que en justicia necesita. Si la **Codicia** vive siempre añadiendo cosas a nuestras vidas, la **Mesura** nos llevará a ir prescindiendo, cada día más, de todo aquello que en el fondo se convierte en lastre e impide la fácil relación entre todos los seres humanos.

La **Codicia** en el centro emocional no solo quiere hacerse con los bienes materiales, sino que extiende su brazo tratando de coger asimismo los bienes espirituales o intangibles. Así es como se codician las virtudes de los santos, el Cielo de los Ángeles, los poderes de los Iniciados, etc., etc., etc.

Algunas iglesias, habiendo caído en la **Codicia**, llegaron a codiciar la vida material de algunas personas y por ello, a cambio de grandes fortunas entregadas por los familiares de estas últimas, elevaron a los altares a los mismos una vez que fallecieron. Así trabaja la **Codicia**, y lo peor es que actúa siempre, aparentemente, con las mejores intenciones. Hace poco leímos el comunicado que hacía una impor-

tante iglesia a sus feligreses a nivel mundial, en el que se decía: «Todos aquellos que sigan a nuestro líder en su gira por Brasil, a través de Twitter u otras redes sociales, recibirán como premio siete años menos en el Purgatorio después de la muerte». Estas son las aberraciones propias de la ignorancia de estos tiempos. ¿Quién les ha dado permiso a esos señores para garantizar que cualquier Alma pase más o menos años en la Región Purgatorial? Estas cosas solamente las decide la divinidad y no los seres humanos, por muchos títulos que hayan acumulado en este mundo físico. De esta suerte, hay personas que codician «indulgencias plenarias» y en la misma línea hay «iglesias fracasadas» que emiten esta escoria de comunicados.

La **Mesura** no codicia nada terrenal ni tampoco espiritual. La **Mesura** nos lleva siempre a confiar en la voluntad del Padre que está en nuestras profundidades (el Real Ser de la filosofía), y como quiera que este último sabe perfectamente lo que necesitamos, en consecuencia nos entregamos en brazos de su misericordia.

La **Codicia** en el centro motor no descansa jamás y a cada instante está haciendo siempre transacciones enfermizas tratando de fabricarse paraísos materiales o espirituales, sin contar para nada con la voluntad del Ser. La **Codicia** motora es capaz de impulsarnos a hacer inversiones en bolsa y en diversos rincones fiscales con el ánimo de obtener más y más riquezas. Sin embargo, cuando el Ser así lo quiere, de un día para otro nos hace perder todo aquello que desmesuradamente ansiamos o acumulamos, y de este modo nos hace ver y sentir que la vida es una escuela temporal a la cual venimos a aprender para luego marcharnos de este mundo solamente con lo aprendido. El codicioso se olvida de que cuando nació en este mundo llegó desnudo, y que a la hora de la muerte se le mete en el sepulcro solamente con lo que lleva puesto.

La **Mesura** va siempre ligera de equipaje. No ama la ostentación porque sus joyas son internas y no externas. La **Mesura** ama la paz y por

ello no está nunca en desasosiego preguntándose por la última moda con que se visten los demás, o el coche de última gama que se ofrece en los aparadores, el confort de los últimos apartamentos o casas inteligentes, el reloj que se torna luego en computadora, etc., etc., etc. Todas estas banalidades constituyen «el sueño de la Consciencia».

La **Codicia** en el centro instintivo es ciega en un ciento por ciento y es capaz de llegar al exterminio, al asesinato (individual o colectivo), a la persecución y ejecución de unos cuantos para adueñarnos de las posibles riquezas que algunos infortunados pudiesen tener. Bástenos recordar a Pizarro obligando a los Incas a llenarle una habitación de oro a cambio de devolverles a su monarca Atahualpa. Hitler confiscó, en nombre de Alemania, sus pertenencias a miles y miles de familias judías, a las que luego envió a los campos de concentración para seguidamente sacrificarlas, y todo ello con las «buenas intenciones» de ganar la guerra enloquecida que él mismo inició y la quimera de construir «la Nueva Alemania», que por cierto ya le había encargado a uno de sus arquitectos diseñar.

La **Mesura** es participativa, es solidaria y tan solo anhela la dicha de todos los seres humanos. Los antiguos Incas del alto Cuzco, en Perú, trabajaban toda la tierra de cualquier pareja de recién casados, y les erigían entre todos una casa que les sirviera de albergue tanto a la pareja como a sus futuros hijos para garantizarle a esa familia un porvenir. Asimismo esa pareja de recién casados ayudaría con todos, en otro momento, a edificar otra casa y a trabajar un lote de tierra para una futura pareja que igualmente se constituyera dentro de aquella sociedad incaica.

La **Mesura** es aliada de la Justicia, y por ello tal vez se la definió a esta última en latín de la siguiente manera: «Iustitia est constans et perpetua voluntas ius suum unicuique tribuere» ('la Justicia es la constante y perpetua voluntad de dar a cada quien lo suyo').

La **Codicia** se retuerce de dolor cuando no se la toma en cuenta. De este modo, en los actuales tiempos, los codiciosos luchan por aparecer como el número uno en las listas que publican algunas revistas (léase Forbes) de nuestro mundo, en las que se citan los nombres de los poseedores de las grandes fortunas materiales de nuestros tiempos. Hace poco conocimos el caso de un jeque árabe que estaba «enfadadísimo» con la cultura occidental porque no se le habían reconocido sus grandes fortunas en las páginas de la revista antes mencionada.

La **Mesura** es una niña delicada, libre de caprichos y de insolentes modales, que provoca doquiera que va un hermoso sentimiento de grandeza, fraternidad e igualdad de los seres humanos ante la ley. Esto es lo que ha llevado a grandes hombres como Mahatma Gandhi a renunciar a todo para darlo todo en bien de los demás, al extremo de ofrecer asimismo su propia vida. El doctor Albert Sweitzer abandonó la comodidad de la que disfrutaba en su país para dedicar el resto de sus días luchando contra la malaria que azota a los pueblos africanos. Irónicamente fue la malaria quien se encargó de quitarle la vida a este apóstol de la medicina. Benito Juárez, el insigne indígena que siendo abogado llegó a ser presidente de los Estados Unidos Mexicanos, fiel a la Mesura, declaró: «El respeto al derecho ajeno es la paz».

La **Codicia** es insaciable en sinsabores, disputas, competiciones, maquiavelismos, luchas, guerras..., con tal de conseguir lo que más quiere, es decir, aumentar sus pertenencias. Incuestionablemente esta actitud lleva a los codiciosos a ser calculadores y fríos como la lápida de un cementerio. Por muy hermosa que fuere una mujer, si es codiciosa, nunca será feliz porque ella entenderá que la felicidad la dan las cosas materiales, y en base a ello será capaz de perder el «amor de su vida» por el simple hecho de que ese hombre que ha aparecido en su vida (y que realmente la haría feliz) no tiene fortunas en este mundo físico.

La **Mesura** se regocija con cualquier cosa, con cualquier alimento, con cualquier prenda, con la modesta vivienda, el modesto calzado, etc., etc. Mientras que los grandes ejecutivos se pasan los días de su vida enajenados por el miedo al mañana y buscando a cada instante más y más dineros, el humilde trabajador de pico y pala cada vez que regresa a su morada es recibido con aquello que el dinero no puede comprar jamás, es decir, con **amor...**

La **Codicia** sexual nos conduce a la obtención de los mil y un artilugios creados por la industria pornográfica de nuestros tiempos, todo esto dizque con la excusa de estar al día en el «arte de la seducción». Unido a esto, la **Codicia** sexual quiere obtener, de cualquier manera, drogas, sustancias de todo tipo, con el fin de romper «records» de satisfacción sexual y hacernos conocer como «divas o divos», «gigolos», etc., etc., etc., en el mundo de la sensualidad contemporánea.

La **Mesura** no gusta de andar haciendo aspavientos de su vida íntima, y por ello vive secretamente una sexualidad como la entendía San Agustín cuando dijo: “haced del coito una forma de oración”.

Finalmente declaremos con Plinio el joven: «La codicia de las riquezas ha esclavizado a los hombres al punto que parece que estos no posean las riquezas, sino que sean poseídos por ellas».

Y repitamos con Cervantes: «No desees y serás el hombre más rico del mundo».

PRUDENTI LINITUR DOLOR

El sabio sabe calmar su dolor.

M.K.K.

AGEAC